

Examen de miedo

Yolanda Reyes

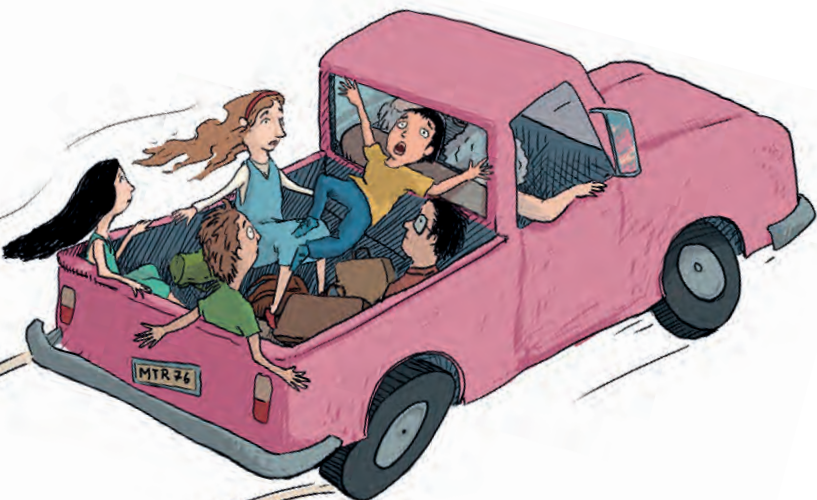
Ilustraciones de **Rafael Yockteng**



loqueleo

*Para Hernando Reyes Duarte
que me enseñó a contar historias,
y para todos los herederos de don Tiberio.*





—¿En serio vas a quedarte solo, Pablito? —me preguntó mamá.

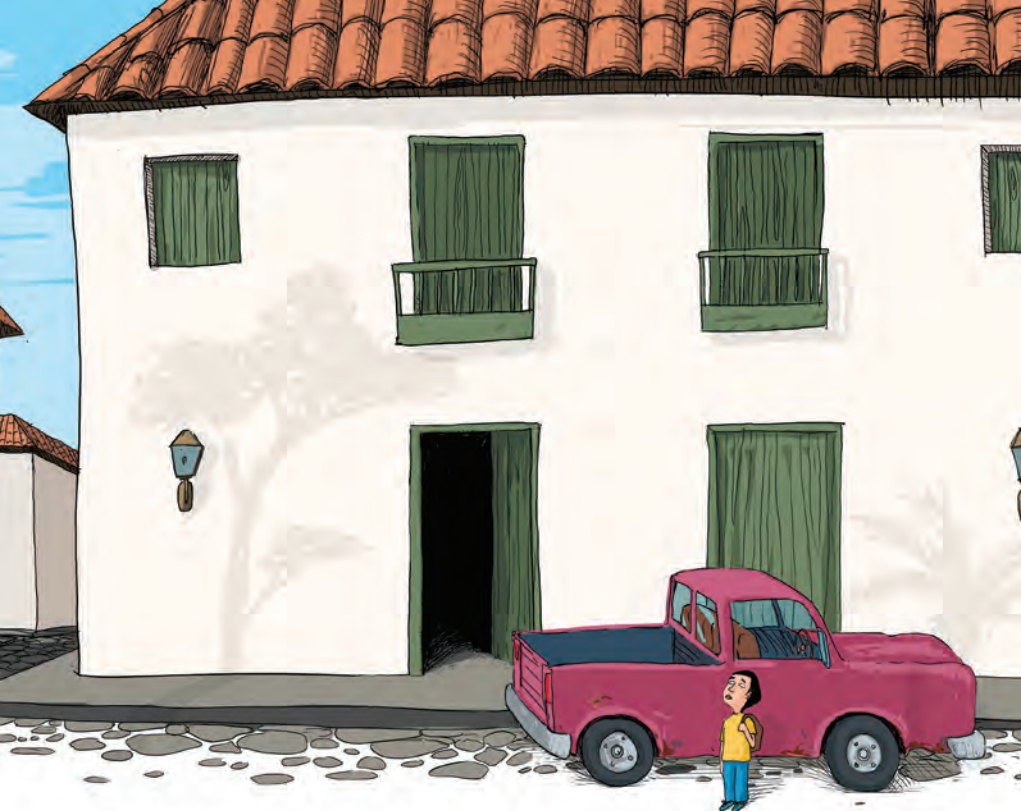
—En serio —le dije, y me traicionó la voz de niña.

—Le salen gallos —se burló mi Gran Hermana.

—Está cambiando de voz, déjalo en paz —la regañó mamá, y yo la odié por defenderme y por llamarme así, “Pablito”, delante de Sofía.



En esas vacaciones odiaba a casi todo el mundo (menos a mi prima Sofía, que se estaba convirtiendo en “una señorita”, según decía mi abuela, pero esa es otra historia). ¿Por qué no se iban de una vez? Tenía que leer el libro que nos habían mandado en el colegio y el martes, al volver de vacaciones, había examen de lectura.



—Eso te pasa por dejar todo para última hora —habló la voz de Gran Hermana.

Estuve a punto de lanzarle el libro a la cabeza. Mi hermana había apostado con Sofía que yo no iba a ser capaz de quedarme solo y que a última hora me iba a inventar una disculpa para ir con ellos a las fiestas del Sábado Santo.

Habían apostado una pulsera en el mercado artesanal, como quien juega a cara y sello. Sofía apostó por mi valentía y mi hermana por mi cobardía.

—Entonces suerte. Y que no se te aparezca don Tiberio —se burló Gran Hermana.





—Ay, sí, qué miedo —le dije haciéndome el valiente, pero otra vez me salió la voz de niña.

Sofía se arregló, una vez más, el mechón que le tapaba los ojos. Cómo me gustaba esa forma de mover su pelo negro, ajena a nuestras peleas. Ajena a todo lo que no fuera su belleza.

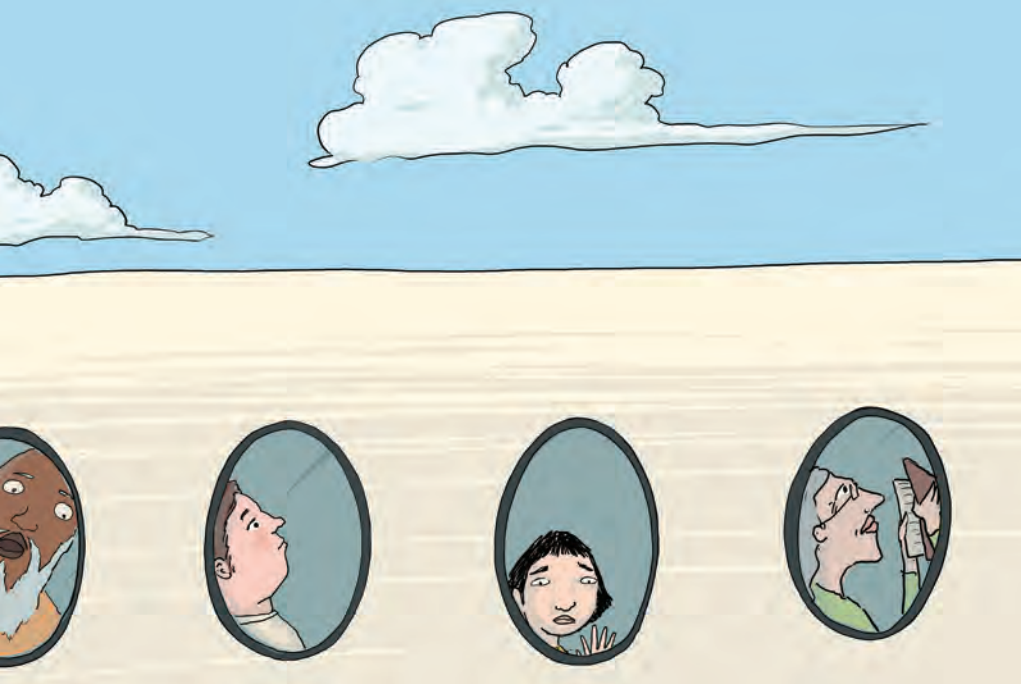
—Un beso a don Tiberio, si aparece —me dijo, con un tono que parecía de admiración.

—¿El niño no va? —se alzó, entre el bullicio general de la salida, la voz de trueno de mi abuelo. Aunque éramos cuatro nietos hombres, además de Sofía y Gran Hermana, yo era “su niño”, y todos lo sabían. Como era medio sordo, volvió a gritar más fuerte la pregunta: “¿No va el niño?”, y no supe si alguien le respondió porque los pasos y las voces se alejaron y solo quedó un murmullo de pasos y de voces lejos, más lejos, hasta que se volvieron inaudibles.

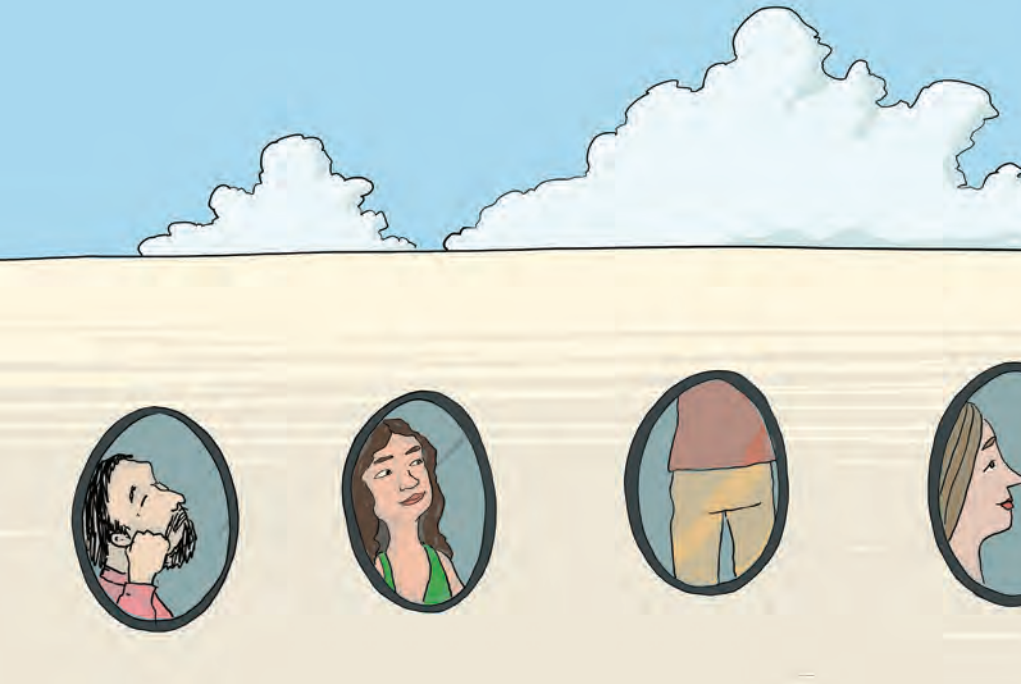




Las puertas vecinas también fueron cerrándose y el sonido de pasos y de voces se confundió con las campanas de la iglesia de Girón, que ya podían tocar de nuevo, después del Viernes Santo.



Girón era un pueblo blanco, viejo y aburrido. Un pueblo colonial, decía mamá, y yo decía que allá no se habían inventado la rueda. Todas las santas vacaciones nos mandaban a la casona blanca y vieja de los abuelos, hasta que los papás tuvieran días libres y regresaran a buscarnos. Viajábamos recomendados en avión a Bucaramanga, con Sofía y sus hermanos, y los abuelos iban a recogernos al aeropuerto de Palonegro en



la Matraca, una camioneta destartalada a la que le sonaba todo. Andrés, el primo que vivía en Girón, iba al aeropuerto con los abuelos y a todos nos subían en el platón de la Matraca. Mi abuelo era un peligro al volante, según decía la abuela, pero nosotros nos divertíamos apostando a ver quién se caía en cada una de las curvas o quién lograba mantenerse en equilibrio cuando él frenaba en seco, porque ya estaba un poco miope.

Aunque Andrés tenía mi edad, parecía mucho mayor y nos ponía pruebas mil veces más difíciles que viajar en la Matraca. Así como a veces era buena gente y nos guiaba por el pueblo para mostrarnos en dónde se conseguían los mejores helados de olla y las obleas más baratas, otras veces, cuando estaba con sus amigos del Grupo Calavera, nos hacía cruzar El Zarando, un puente colgante sobre el río de Oro.





Esa era la prueba para “los rolos”, como llamaban en Girón a los “niñitos bogotanos”, y consistía en que nos paráramos, sin perder el equilibrio, en la parte más alta, mientras los calaveras zapateaban, gritaban y hacían zarandear el puente, viéndonos temblar, muertos de miedo, y con los cachetes cada vez más colorados.

El truco era no mirar los remolinos del río ni las piedras allá abajo, y pensar en



otras cosas —yo en Sofía, por ejemplo— para olvidarnos del vacío en el estómago o del pánico de caer y convertirnos en uno de esos esqueletos que, según ellos, arrastraba la corriente.

20 Pero la prueba más difícil de las vacaciones era quedarnos a dormir en el cuarto largo de la casona, “en cama franca”, como decía mi abuela, después de oír todas las noches las historias de don Tiberio contadas por mi abuelo.

—Si alguien tiene miedo, que levante la mano —decía, y nos iba mirando, uno por uno. Todos teníamos miedo, pero ninguno se iba a delatar, qué va. Entonces empezaba:

—*“Don Tiberio, el abuelo de mi abuelo, era conocido en todo el pueblo como Tiberio Malgenio porque era un viejo cascarrabias. Tenía un coto enorme, pues en sus tiempos no existía la sal yodada, para que se imaginen lo viejo que era:*